

LEÍAN EN EL LIBRO

La importancia del estudio personal

Hechos 17:10-12

por Antoni Mendoza i Miralles

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2003

Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)

correu-e: ecb.edicions@wanadoo.es

Maquetació: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya

Introducción

Los hechos centrales que hemos de considerar nos llevan a un hecho que sucedió en Macedonia, una región que se encuentra en el norte de la península griega, a mediados del siglo I d. C.

En concreto, nuestro texto nos habla de la actitud que los judíos de la ciudad tomaron ante al mensaje de Pablo, que fue la opuesta a la que tomaron los judíos de Tesalónica, de donde Pablo tuvo que ser sacado a escondidas para proteger su vida.

Pero lo que ahora nos interesa, es ver qué podemos extraer de éste relato del libro de los Hechos de los Apóstoles que nos pueda ayudar en nuestra lectura de la Palabra de Dios. Este será, pues, el énfasis de nuestra aproximación a este pasaje.

Se necesita “nobleza”

“Y fueron éstos más nobles que los que estaban en Tesalónica...”
(Hch 17:11a).

La palabra griega para “noble” la encontramos tres veces en el Nuevo Testamento; dos de ellas es para hablar de aquellos que disfrutaban de una posición privilegiada en la sociedad, que en la antigüedad estaba especialmente vinculada con el nacimiento (Lc 19:12; 1Co 1:26), y una, para indicar una manera de actuar que eleva a la persona por encima de la mayoría, como encontramos en este caso.

Aquí se dice esto de los judíos de Berea, en contraste con la actuación de los judíos de la sinagoga de Tesalónica que no creyeron en Jesús, que fueron la mayoría. Cuando Pablo estuvo en Tesalónica, la reacción de los judíos de aquella ciudad hacia ellos y su mensaje no estuvo a la altura de unos que afirmaban ser “el pueblo de Dios”. Actuaron violenta y falsamente, movidos por los celos, aunque lo envolvieron con una retórica patriótica pro-romana.

Pero el escritor de los Hechos dice que los de Berea “*eran más nobles*”, y eso quiere decir que la nobleza tiene grados, y que aunque inicialmente los judíos de Tesalónica actuaron noblemente al recibir y escuchar a Pablo, los de Berea actuaron con una nobleza mayor, lo que condicionó su actuación ante el mensaje y su reacción una vez tomaron partido.

Hemos de tener en cuenta que, aunque se habla de ellos de una manera colectiva, esta manera de actuar fue la suma de una serie de actuaciones personales: fueron más nobles, porque cada uno tuvo un nivel de nobleza mayor, y porque un número más grande de ellos la evidenció. Esto nos permite seleccionar este texto para considerar la lectura personal de la Palabra de Dios, puesto que la actuación colectiva fue el resultado de la suma de las actuaciones personales.

Tres características a tener en cuenta

Consideremos, pues, tres características importantes que evidenciaron los asistentes a la sinagoga de Berea, que hemos de tener presente en nuestra lectura personal de la Palabra de Dios: atención, examen diario y sinceridad.

Una primera característica: la atención

“...recibieron la palabra con toda solicitud” (Hch 17:11b).

La presentación bíblica que Pablo hizo de Cristo en Tesalónica es descrita como una “disputa”. Lo que indica que tenían interés por considerar el tema, puesto que de otra manera no hubieran concedido la palabra a Pablo por tres sábados. Pero los de Berea mostraron un interés mayor que ellos, así como demostraron una mayor nobleza. Ello queda recogido en la palabra “toda”, que acompaña a “solicitud”.

De entrada, los de Berea asumieron una actitud diferente, en lugar de disputar con Pablo “recibieron la palabra”. Dieron la bienvenida a la palabra del Evangelio, y se evidencia en su buena

disposición, o mejor, en su total disposición a considerarla atentamente. En las otras referencias bíblicas en que aparece la palabra se traduce como estar pronto, voluntad pronta y ánimo pronto, siempre recogiendo la idea de prontitud (2Co 8:11, 12, 18; 9:2).

Su total disposición a escuchar lo que Pablo les tenía que decir, hizo que prestaran total atención, que incluye gran interés e intensa dedicación. Un hecho colectivo, resultado de la suma de las acciones individuales de todos ellos.

Nuestra disposición es básica para atender como se merece la Palabra de Dios. Si hemos de prestar atención a las palabras humanas, ¿cómo no hemos de prestar total atención cuando lo que hemos de considerar son las mismas palabras de Dios? Es un hecho interno, cierto, pero se hace visible por la manera en que actuamos. Una completa disposición, un interés total, se concreta en una total solicitud delante de lo que hemos de leer, de lo que hemos de escuchar.

Una segunda característica: el examen diario

“escudriñando cada día las Escrituras...” (Hch 17:11c).

La evidencia de que los asistentes a la sinagoga de Berea “recibieron la palabra con toda solicitud”, la tenemos en que no esperaron una semana para seguir considerando el tema, como hicieron los de Tesalónica, que dedicaron tres sábados seguidos; se pusieron a examinar diariamente las Escrituras.

Se reunieron para leer cada día las Escrituras, antes o después de sus actividades diarias, puesto que no podían disponer de copias personales de ellas. Las leyeron comprensivamente, y aún más, las leyeron buscando en ellas adquirir el discernimiento que les permitiera juzgar si lo que decía Pablo estaba o no de acuerdo con ellas, para tomar una decisión en base a la autoridad única y suficiente de las Escrituras.

Para ellos, las Escrituras eran la autoridad bajo la que mantenían su vida, y especialmente en lo que tenía relación con la voluntad de Dios, y en concreto, con la salvación.

Es necesario una lectura diaria, una lectura escudriñadora, de la Palabra de Dios para poder llegar a discriminar entre lo que es según Dios y lo que no. Los cristianos tenemos 66 libros que hemos de leer, conocer y profundizar, para poder conocer la voluntad de Dios. Ello nos exige tiempo, y el que podamos disponer de copias personales de la Biblia nos deja sin excusas: no hay ninguna razón que justifique no leerla cada día, como no hay ninguna razón que justifique nuestro desconocimiento del Libro santo.

Jesús ordenó, en Juan 5:38: *“Escudriñad las Escrituras”*, no como una opción, lo estableció como un mandamiento que no podemos dejar de obedecer.

Pedro nos dice, en 1Pedro 1:11, que los profetas de la antigüedad, no sólo leyeron las Escrituras, se esforzaron en un estudio a fondo de ellas: *“...escudriñando cuándo y en qué punto de tiempo significaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual prenunciaba las aflicciones que habían de venir a Cristo, y las glorias después de ellas”*.

Una tercera característica: sinceridad

“...si estas cosas eran así” (Hch 17:11d).

Ellos no buscaban argumentos para defender su posición, buscaban conocer lo que decía la Palabra de Dios; lo que nos recuerda que nuestro examen diario de las Escrituras ha de ser sincero.

Si somos sinceros, iremos a las ellas para escuchar la voz de Dios. Querremos entender bien el texto, y profundizar en su significado para no errar en nuestras conclusiones, puesto que lo que queremos es agradar a Dios, hacer en todo lo que es su voluntad: sencillamente eso.

Ser sinceros quiere decir que hemos de mantener firmes nuestras convicciones bíblicas, que son el resultado de nuestro atento examen de las Escrituras. No podemos negarlas, ni esconderlas, ni negligirlas para quedar bien, para no asumir posiciones “intransigentes”, como nos pueden acusar.

Pero ser sinceros también quiere decir que hemos de estar dispuestos a corregir y cambiar todo aquello que creemos o practicamos que descubramos que no está de acuerdo con las Escrituras, puesto que nuestra nobleza cristiana nos lo reclama. No hemos de cambiar nada que no veamos claramente a la luz de ellas, después de un serio, profundo y piadoso estudio del Libro santo; eso sería negligencia e infidelidad al Señor. Pero no hemos de mantener nada que quede claramente evidenciado por las Escrituras que no es bíblico, de otra manera establecemos nuestras tradiciones por encima de la Palabra de Dios.

Una lectura con implicaciones personales

La lectura diaria de las Sagradas Escrituras es una responsabilidad de todo cristiano y cristiana. Es cierto que nuestro texto base habla de como actuó un grupo de personas antes de ser cristianas, pero por eso no deja de ser una actuación ejemplar. Por eso la complementaremos con el ejemplo de dos creyentes del Antiguo Testamento, que evidenciaron las mismas características que hemos visto, en su lectura personal del Libro de Dios.

El ejemplo del rey Josías

“Y cuando el rey hubo oído las palabras del libro de la ley, rasgó sus vestidos” (2Re 22:11).

El rey Josías leyó el libro de la Ley como los de Berea leyeron las Escrituras, con toda atención y disposición, examinando a fondo lo que decían, y con sinceridad, puesto que cuando se dio cuenta de que no había hecho lo que Dios había mandado en su Palabra, inmediatamente mostró arrepentimiento, buscó a Dios

en oración e hizo los cambios pertinentes para obedecer en todo lo que decía el libro de la Ley.

La lectura personal de Josías de la Palabra de Dios cambió su vida, y cambió la vida del pueblo de Dios en una época de apostasía. Fue una lectura responsable, y fue lo que hizo que pasase a la historia como un rey de Israel ejemplar.

El ejemplo de Daniel

“yo Daniel miré atentamente en los libros el número de los años, del cual habló Jehová al profeta Jeremías” (Dn 9:2).

Daniel es otro creyente del Antiguo Testamento que es un ejemplo de lector de la Palabra de Dios. Él hizo lo necesario para conseguir copias de los libros de las Escrituras que pudo, y entre ellos estaba el libro del profeta Jeremías. Las palabras del capítulo 9 de Daniel nos muestran como leía los libros del Antiguo Testamento que tenía, y vemos que lo hacía como los de Berea. Con toda disposición estaba leyendo atentamente cuando, en su estudio en profundidad, se dio cuenta que el tiempo de la asolación de Jerusalén estaba llegando a su fin, como Dios lo había profetizado por Jeremías.

Aunque era una hombre que había evidenciado su espiritualidad a lo largo de su vida, no por eso la Palabra de Dios deja de incidir profundamente en él. En su sinceridad, se vio parte del pueblo de Dios, y como tal, responsable de la situación espiritual que los había llevado a la dispersión, y le llevó a pedir el cumplimiento de la promesa de restauración.

Y lo que no había llegado a entender, Dios se lo hizo entender en respuesta a su oración, mediante su ángel Gabriel.

Conclusión

Ahora es necesario que nos presentemos al Señor, para incorporar el ejemplo que hemos visto en otros a nuestras vidas.

Los cristianos verdaderos, no podemos tener una actuación inferior a la de aquellos judíos de Berea ante la Palabra de Dios. Pero lo cierto, es que muchas veces es difícil ver en la práctica cristiana las características de nobleza que ellos evidenciaron: atención, examen diario y sinceridad. Demasiadas veces algunas “creencias” son “tradiciones humanas”, y no el resultado de nuestro estudio sincero y serio de la santa Palabra de Dios. Tenemos dificultades para corregir nuestros errores doctrinales o prácticos, y con suma facilidad podemos dejar a un lado lo que creemos, ante las influencias o presiones.

Digamos ¡basta!, y sigamos el santo ejemplo de los de Berea, y el de Josías y Daniel. Amén.

Edicions Cristianes Bíbliques